Algunas reflexiones sobre el empleo del laboratorio de idiomas en el proceso enseñanza-aprendizaje

PEDRO GOMIS BLANCO
Universidad Complutense de Madrid

1. Introducción

¡No, al Laboratorio, no! Esta sería la respuesta, con voz patética y lastimera, que escucharíamos de un porcentaje muy elevado de profesores y de alumnos de lenguas extranjeras, ante la sugerencia de que trabajaran en el laboratorio de idiomas.

¿De dónde viene este rechazo casi unánime al empleo de este auxiliar didáctico tan importante y útil para complementar y potenciar la labor del profesor en el proceso de enseñanza-aprendizaje? ¿Por qué sus defensores no saben vivir sin él y se deshacen en alabanzas sobre el enorme potencial de posibilidades que encierra su empleo? ¿Por qué el laboratorio de idiomas es esa sala cerrada bajo siete llaves que sólo se abre el día que una autoridad gira una visita al centro escolar, o cuando hay que hacer unas fotografías para la publicidad, o para la revista de fin de curso? ¿Por qué no es más empleado este auxiliar en el que podemos alternar la imagen con la palabra para facilitar el aprendizaje, si sabemos que los alumnos retienen el 50% de lo que ven y escuchan, frente al 10% de lo que leen, y el 20% de lo que escuchan? A todo esto vamos a intentar encontrar una respuesta en estas páginas.

2. Posibles causas del rechazo a su empleo

Hagamos un poco de historia: desde la mayoría de edad del laboratorio, es decir, desde el momento en que el ejército de los Estados Unidos de Norteamérica empieza su utilización masiva para la enseñanza de las lenguas del océano Pacífico a los marines encargados de la conquista de las Islas y de su posterior administración, hasta el período adulto en el que nos encontramos hoy, podemos, desde el punto de vista técnico, considerar los avances que veremos a continuación.

En primer lugar, la simplificación técnica y la reducción del volumen y peso del material, primero con la aparición del transistor y posteriormente con los microcircuitos, proceso paralelo al experimentado por la radio desde el receptor de válvulas a las actuales radios de tamaño tarjeta. Pero lo que es más importante, y en segundo lugar, la desaparición de las bobinas abiertas, las célebres cintas que se enrollaban, retorcían, rompían y tantas molestias causaban en clase, al tratarse de un material con el que el alumno no estaba, en su mayoría, habituado a trabajar. Un primer paso hacia su desaparición fue su sustitución por bobinas encapsuladas, rápidamente sustituidas por la cassette de audio creada por Philips y Sanyo, que se convirtió en el estándar para las grabaciones domésticas, manejadas hasta por niños de corta edad, y que hoy están en vías de desaparición frente a las nuevas tecnologías digitales de grabación de sonido. Esta lucha del alumno (y del profesor) con la cinta magnética, que desanimó a tantos en el empleo del laboratorio, ha sido superada, hasta el punto de que, en los modelos modernos, los alumnos no pueden acceder físicamente a la cassette, a menos que el profesor lo autorice desde su control.

A esto hay que añadir que los antiguos modelos tenían un complicado sistema de botones y palancas para cada una de las funciones básicas del magnetófono, que hoy han sido sustituidos por sensores, desapareciendo, por tanto, fricciones mecánicas que encasquillaban las teclas y que acababan generando holguras y anomalías en el funcionamiento. Del mismo modo, se ha simplificado la ejecución de muchas funciones. Así, por ejemplo, desde hace años, los magnetófonos de laboratorio de idiomas vienen provistos de la tecla ***recap*** (*recaptura*) que, con una simple presión, nos ahorra pulsar las siguientes: 1.º paro; 2.º rebobinado hasta el comienzo de la frase, operación que había que calcular a ojo; 3.º reproducción, y 4.º grabación (en el caso de que estuviéramos grabando).

La técnica ha venido, asimismo, a simplificar el funcionamiento de los magnetófonos del alumno hasta el punto que no difieren del *walkman* (y perdón por la palabreja) que cualquiera de ellos puede tener en su habitación, más que en un par de teclas y, desde luego de un manejo más sencillo

que el equipo que puede haber en su casa y que está harto de utilizar para hacer grabaciones de su música preferida.

También los antiguos y pesados microteléfonos han evolucionado; ahora son mucho más ligeros e incluso el cable, que podía ser un estorbo (y siempre fuente de averías por la tendencia a estar jugando con él), puede ser sustituido por una conexión inalámbrica.

Es decir, que los alumnos no tienen en la actualidad motivos para quejarse desde el punto de vista del equipo técnico, ya que ni les presenta dificultades de manejo ni les desvía su atención del proceso de enseñanza-aprendizaje. Valga para el profesor lo dicho para el alumno.

La mayor parte de los laboratorios de idiomas de los últimos diez años aprovechan la misma tecnología digital que encontramos en los ordenadores, lo que, en un primer momento, supuso versatilidad en el programa que debían desarrollar y que era fácilmente adaptable a las necesidades de cada momento, y que en la actualidad se traduce en que los laboratorios de idiomas se puedan manejar desde la tradicional consola del profesor o desde un PC que opere en entorno Windows 3.x (o superior), para lo que lo único que se debe dominar con soltura es el uso del ratón. Absolutamente todas las funciones pueden ser ejecutadas con un simple *clic* con el ratón sobre el icono correspondiente. El avance tecnológico, pues, no debe ser impedimento para el rechazo al uso del laboratorio.

Debe considerarse también si el rechazo viene motivado por el local en sí mismo. Durante mucho tiempo los laboratorios han sido instalados en *ese lugar que está libre o que puede quedar libre si...*, es decir, en un sitio que no quería nadie y sus razones habría: o bien junto a las calderas, o en un sótano sin ventilación, o en el palomar, expuesto a todos los vientos y todos los soles, lugares en los que ni los alumnos ni el profesorado se encontraban a gusto; por no hablar de las agresiones ambientales que sufría el equipo en locales tan mal acondicionados.

Junto a los equipos y a los locales en que se encontraban (y se siguen encontrando) situados los laboratorios de idiomas, podemos encontrar un tercer motivo del rechazo de docentes y discentes al empleo del laboratorio: la falta de formación del profesorado para su correcto aprovechamiento. La mayoría de los profesores ignoran los conocimientos básicos de la utilidad didáctica del laboratorio y carecen del mínimo adiestramiento para el manejo correcto de los equipos. A esto se unen problemas de actitudes, ya que el empleo regular del laboratorio de idiomas no sólo supone un cambio que rompe la rutina habitual, sino que —lo que es más importante— muchos profesores desconfían ante una posible pérdida de protagonismo, desplazados por las máquinas.

3. El primer contacto con el laboratorio

Si bien en (casi) todos los centros hay algún profesor que ha mostrado interés por el laboratorio (*¡ese laboratorio que tantos millones costó y que nadie utiliza!*, con su variante *¡ese laboratorio que envió el Ministerio y que ocupa un espacio necesario para...!*), el primer contacto entre ambos es desolador en la mayoría de los casos: el laboratorio no funcionaba o, si lo hacía, no a pleno rendimiento y, además, faltaban algunos aparatos o piezas de algunos aparatos. (De todos es conocida la extendida leyenda de que los laboratorios se estropean solos y de que sus componentes son transportados hacia otras galaxias por misteriosos hombrecillos). En efecto, en la mayoría de los centros se carece de un servicio mínimo de mantenimiento, que debe ser asumido por el profesor interesado hasta que considera que está haciendo el bobo echando horas que nadie le agradece, y menos en un centro oficial, en el que para poder comprar un frasco de alcohol para limpiar las cabezas de los magnetófonos hay que presentar tres facturas y perder dos mañanas detrás del *administrador-que-acaba-de-salir*.

En el caso de que no haya sido así, sino que el laboratorio se encontrara en estado de revista y además haya un encargado del mantenimiento más elemental, el profesor suele encontrarse con que carece del material necesario; pero este es un problema menor, ya que siempre habrá en el seminario, o en la biblioteca del centro, algo que nos pueda servir para nuestros primeros pinitos en la aventura.

El profesor, con lo que buenamente encuentra por aquí y por allá y con la ayuda de otro colega, monta una lección piloto para empezar a rodar, y aquí empieza a manifestarse la cuarta razón del rechazo del laboratorio por parte de profesores y alumnos. Por un lado, la elaboración del material (*Si voy a tener que estar tres horas grabando para dar una hora al día siguiente, no me merece la pena*). Falso: eso que está grabado puede ser reutilizado en cualquier momento, como lo que tenemos grabado en el ordenador: ahí está, y podremos modificarlo, acortarlo... según las necesidades de cada momento. Por otro, la tendencia a preparar más material del necesario para una primera clase, para una clase de *a ver cómo sale esto*. Resultado: entre la novedad que supone para los alumnos la excursión al laboratorio (que suscita un interés que debe saber aprovechar el profesor), el tiempo que dedicamos a enseñarles, si bien someramente, las instrucciones de manejo, y comprobar que cada alumno se ha puesto su microteléfono y no el de la cabina contigua, han pasado quince minutos. En el resto de la hora de clase intentamos meterles, sin concederles apenas respiro, todo el material que habíamos preparado, lo que produce el primer rechazo por parte del alumno.

En efecto, mientras que en una clase convencional el alumno está concentrado la mayor parte del tiempo en el proceso de enseñanza-aprendizaje, pero con desconexiones entre ejercicios por algo que le llama la atención, por distracciones con el compañero..., el laboratorio de idiomas le somete a tensión constante, lo que acaba repercutiendo en sus nervios. Por lo tanto, si no ha comprendido la mecánica del ejercicio o se ha distraído en su desarrollo, generalmente no podrá realizarlo correctamente y pensará para sí (cuando no en voz alta, y sus pensamientos en voz alta quedarán grabados y podrán ser monitorados por el profesor) que aquello es un rollo que se le mete por las orejas y que otro día no le van a ver el pelo por el laboratorio.

Es fundamental conceder descansos entre tarea y tarea en el laboratorio, algo que permita que el alumno repose de la tensión que le ha supuesto contestar correctamente a un bloque de ejercicios. Además, si el ejercicio de laboratorio ha sido concebido correctamente, el alumno, después de su respuesta podrá comprobar si esta es correcta, lo que le estimula y prepara para la siguiente.

Aunque tengamos preparado material suficiente para ochenta horas, es preferible que lo guardemos y lo vayamos dosificando de modo que podamos dividir la hora de clase en tercios. En el primer tercio, el profesor presentará los ejercicios que se van a realizar, dará las explicaciones que crea convenientes y se procederá a hacerlos. En el segundo tercio, y con los alumnos en manejo libre, éstos procederán a escuchar el trabajo que han hecho, y en el tercero, procederán a responder de nuevo, se supone que esta vez sin ningún error, a los ejercicios planteados en el primer tercio.

En cualquiera de las fases en que se encuentre el trabajo del alumno, el profesor puede monitorar su trabajo, sin que aquel se percate de que está siendo escuchado. Al tener tres posibilidades de controlar el trabajo, puede evaluar la evolución del proceso de aprendizaje. Además, si el laboratorio dispone de la función *test,* el profesor puede conservar en una sola cassette el trabajo individual de cada alumno y corregirlo después en casa (o en el coche, si conduce otra persona) en cualquier radiocassette. Esta función es especialmente útil para guardar una copia oral de las repuestas de un examen, aunque también nos permita, como acabamos de decir, controlar el trabajo de todos y cada uno de los alumnos que hemos tenido en clase, lo que sin duda redundará en un mejor aprovechamiento de la sesión de laboratorio.

Tanto si trabajamos con monitorización durante la clase, como si además de ella, hacemos una copia para monitorar en casa, debemos prestar especial interés a aquellos ejercicios que presentan errores con mayor frecuencia para averiguar lo que los motiva, reflexionar sobre cómo corregirlos y proceder en consecuencia.

Es decir que, en contra de la creencia (y la inquietud) de muchos profesores que temen que la máquina va a sustituirles, vemos que, muy al con-

trario, el trabajo con el laboratorio les va a proporcionar un trabajo extra sobre el que venían teniendo en las clases convencionales. En primer lugar, deben preparar la clase (hasta aquí no hay diferencia con una clase tradicional), buscar entre el material del que disponen los ejercicios más adecuados al objetivo didáctico que se propone, y en caso de no disponer de ellos, de proceder a su elaboración, bien solos, bien en colaboración con un compañero de seminario.

4. Cómo preparar la lección

Es conveniente que todo el material que se ha previsto utilizar en una sesión se copie en una cinta virgen en el orden en que se tiene programado su empleo en clase. De este modo evitaremos que durante la sesión de laboratorio tengamos que andar cambiando de cinta, avanzando o retrocediendo en busca del pasaje adecuado, etcétera, y, lo que es más importante, podremos etiquetar esa cassette máster con la fecha en que ha sido hecha (o revisada), nivel al que se dirige, ejercicios que contiene, resultados obtenidos y fallos detectados. Un pequeño fichero de nuestras grabaciones nos facilitará el trabajo de los años sucesivos, especialmente si acostumbramos a llevarlo desde el primer día; así evitaremos perder tiempo buscando ese ejercicio que hicimos el año pasado y que tan buenos resultados nos dio y que estaba grabado en una de estas ochenta cintas, sin recordar que se lo prestamos a aquel compañero que ya no trabaja en este centro (de donde se deduce que jamás debemos prestar un máster si pensamos volver a utilizarlo). Lo dicho vale, con mayor razón, para las cintas originales que acompañan al método. Todos los laboratorios modernos tienen la posibilidad de hacer copias rápidas; el radiocassette que tenemos en casa o en el seminario seguramente también permiten hacer copias a gran velocidad, así que hay que trabajar siempre con una copia, en lugar del original. Si perdemos una copia, perderemos treinta duros, pero si perdemos o estropeamos accidentalmente el original, su reposición costará varios miles de pesetas, en el caso de que se encuentre en el mercado.

A lo dicho anteriormente hay que añadir que muchas de las cintas que sirven de material complementario de los diferentes métodos, vienen de la editorial sin explotar, para ahorrar espacio, por lo que no es posible su empleo directo en laboratorio. En este caso, procederemos de la manera siguiente: en primer lugar, haremos una copia del original; para esta primera copia, que será la que utilizaremos en el futuro como si de la original se tratase, emplearemos unas cassettes de la misma duración de las originales (generalmente, de treinta minutos por cara) y de buena calidad. Como ocurrirá frecuentemente que habrá alguna cara que no quepa en una cinta de

treinta minutos por cara, comprad para esa, y únicamente para esa, una cinta de setenta y cuatro minutos (treinta y siete por cara). Las cintas de mayor capacidad (C-90, etcétera.) tienen una cinta más delgada y, por lo tanto, son más susceptibles de estirarse y de romperse. Desde luego, jamás las emplearemos en los magnetófonos de los alumnos ya que, además de no ser empleadas en su totalidad, su fragilidad puede hacer que el comienzo de la cinta sufra deformaciones, o incluso roturas, al ser el punto en que se produce una y otra vez la puesta en marcha y el paro. Aunque digan que las cintas de ahora no son como las de antes, ¿no seguirán siendo más delgadas para que más metros de cinta encuentren acomodo en el mismo espacio?

Una vez en nuestro poder esta primera copia, que etiquetaremos debidamente, rotularemos como *máster* y a la que eliminaremos las lengüetas de protección a fin de evitar borrados accidentales, guardaremos bajo llave el original, al que no volveremos a recurrir, salvo en caso de extravío o borrado de nuestro *máster* de trabajo.

Si esta primera copia, nuestro *máster*, no está explotado, procederemos a elaborar un *máster* explotado. Un *máster* no explotado responde al esquema siguiente:

Esto es lo que se oye en la cinta

(Voz 1.ª): — Ejercicio número tantos.
(Voz 2.ª): — Transforme, según el modelo.
(O: Sustituya el complemento directo por el pronombre personal correspondiente).
(Voz 1.ª): — Modelo.
(Voz 2.ª): — El niño es simpático.
(Voz 3.ª): — Los niños son simpáticos.
(Voz 1.ª): — Ejercicio.
(Voz 2.ª): — 1. El coche es azul.
(Voz 3.ª): — Los coches son azules.
(Voz 2.ª): — 2. El avión es rápido.
(Voz 3.ª): — Los aviones son rápidos.

y así sucesivamente. Para que esta cinta sea aprovechable en el laboratorio, debemos insertar espacios en blanco entre cada modelo y su respuesta a fin de que el alumno pueda dar la suya propia antes de que lo haga la cinta. Otro espacio en blanco (éste de menor duración) debe seguir a la respuesta proporcionada por la cinta para que el alumno pueda repetirla (en caso de que ésta fuera correcta), o dar la respuesta correcta que le ha proporcionado la cinta. Una vez explotado, el fragmento anterior nos quedaría así:

Esto es lo que se oye en la cinta

(Voz 1.ª): — Ejercicio número tantos.
(Voz 2.ª): — Transforme, según el modelo.
(O: Sustituya el complemento directo por el pronombre personal correspondiente).
(Voz 1.ª): — Modelo.
(Voz 2.ª): — El niño es simpático.
(Voz 3.ª): — Los niños son simpáticos.
(Voz 1.ª): — Ejercicio.
(Voz 2.ª): — 1. El coche es azul.
Aquí contestaría el alumno: .....
(Voz 3.ª): — Los coches son azules.
Aquí repetiría, o daría la respuesta correcta, en caso de haberse equivocado: .....
(Voz 2.ª): — 2. El avión es rápido.
Aquí contestaría el alumno: .....
(Voz 3.ª): — Los aviones son rápidos.
Aquí repetiría, o daría la respuesta correcta, en caso de haberse equivocado: .....

y así sucesivamente, si bien podemos repetir la respuesta una vez más después de la segunda intervención del alumno y añadir un nuevo espacio extra después de la segunda respuesta correcta para que el alumno pueda repetir de nuevo su corrección.

¿Cómo conseguimos añadir esos espacios extras para las intervenciones de los alumnos? De una manera muy sencilla, incluso en nuestra propia casa, si tenemos un radiocassette con doble pletina. Lo ideal sería en el laboratorio, ya que las máquinas del laboratorio suelen ser mejores que las que podemos utilizar en la mayoría de las casas. Vamos a ello. Limpiamos las cabezas, los cabrestantes y los rodillos de ambas pletinas con un trapo suave, que no suelte hilos, embebido en alcohol para asegurarnos de eliminar toda partícula magnética que haya podido desprenderse (en el caso de que se produjeran en la grabación ruidos extraños, habría que proceder, también, a desmagnetizar las cabezas. De esta tarea se encarga el equipo de mantenimiento periódicamente). Una vez evaporado el alcohol, cargamos la máquina lectora con el original que debe ser reproducido, y la máquina grabadora con una cinta virgen que avanzaremos hasta superar la cola no magnética. En el caso de trabajar en la consola del laboratorio, debemos averiguar qué máquina debe hacer de lectora y qué máquina de grabadora, así como las teclas de función que debemos conmutar; en nuestro radiocassette nos bastará, generalmente, con poner la tecla ***dubbing*** en posición

normal y ajustar el selector dolby® en la posición correspondiente a las características de la cinta que vamos a grabar. Pondremos la máquina que va a grabar en ***record+play***, y la reproductora en ***play***. Como iremos oyendo, con la función monitorización, lo que se está grabando, mediante sucesivas pulsaciones de la tecla ***pausa*** de la máquina que reproduce, introduciremos en la cinta que está grabando los espacios correspondientes a las respuestas de los alumnos. En el caso de querer, además, repetir la respuesta correcta, tendremos que trabajar exclusivamente en el laboratorio, procediendo de la misma manera que acabamos de indicar y, además, empleando la tecla ***recap*** de la máquina reproductora a fin de que repita la respuesta correcta en el momento adecuado. El espacio en blanco para respuesta de los alumnos, que para el primer ejercicio debe ser del doble de la respuesta a una locución normal, debe ir reduciéndose para que, en el último ejercicio, el espacio disponible sea el estrictamente necesario para una locución normal.

Bueno, pues ya tenemos nuestra cinta explotada, sólo nos queda copiar el ejercicio que necesitemos en la cassette que prepararemos para la próxima sesión de laboratorio. Atención, hay que tener en cuenta que, en la mayoría de los laboratorios de idiomas, las únicas máquinas capaces de hacer (y de leer) copias estándar son las que se encuentran en la consola del profesor, ya que la disposición en que las máquinas de los alumnos graban las diferentes pistas no las hacen susceptibles de ser reproducidas en un magnetófono normal después de haber sido grabadas en uno de alumno.

5. Algunos tipos de ejercicios para laboratorio

Prácticamente, cualquier ejercicio de clase puede ser aprovechado para el laboratorio de idiomas, mediante el apoyo visual correspondiente, en caso de necesitarlo. Además, el laboratorio ofrece posibilidades de trabajo que no podemos encontrar en un aula convencional. Pasemos revista a los ejercicios que tradicionalmente vienen haciéndose en el laboratorio:

Ejercicios de adquisición y corrección fonéticas. Además de los estrictamente fonéticos como oposición de distintos fonemas en diferente posición dentro de la cadena hablada y que pueden ser elaborados de viva voz por el profesor, bien solo, bien con la ayuda de un colega, son típicos los ejercicios de entonación, especialmente útiles cuando se trata de grabaciones de películas o de métodos cuya banda sonora incluye ruido ambiental. El uso del laboratorio es un auxiliar muy valioso en aquellos casos de alumnos con vergüenza para repetir delante de sus compañeros, ya que saben que nadie (excepto el profesor) puede oír sus respuestas, y, además, al poder oír su producción oral, les es más fácil corregirla y perfeccionarla.

Ejercicios estructurales de gramática. Tendentes a que el alumno logre el automatismo necesario para la comunicación. Durante muchos años han sido, junto con los fonéticos, los únicos que se hacían en el laboratorio. Dentro de los ejercicios de este tipo hay que distinguir entre los de transformación (por ejemplo de singular a plural, y viceversa), los de sustitución (por ejemplo, de un adjetivo por su contrario, o los de un complemento por el pronombre equivalente...), los de unión de dos frases (subordinación), los de cambio de tiempo, o persona, etcétera, es decir, todos aquellos ejercicios normales en la clase de lengua que admitan una respuesta cerrada que pueda ser ofrecida al alumno a continuación de su contestación. Naturalmente, en función de los conocimientos de nuestros alumnos, podremos combinar dos o más de estas posibilidades, a fin de que las estructuras lingüísticas dominadas sean cada vez de mayor complejidad.

También son frecuentes en el laboratorio **las pruebas de comprensión**. Las formas de trabajo van desde las más sencillas como reconocer, en una lista previamente entregada, las palabras o frases que van a oír, pasando por los ejercicios con huecos para que sean rellenados por los alumnos, o a los ejercicios de elección múltiple. Los alumnos adquieren rápidamente la mecánica de los ejercicios y podremos ver su grado de comprensión.

Una variante de estas pruebas consiste en **el empleo de canciones**. Las canciones añaden una nueva dificultad a la comprensión, ya que la voz no aparece aislada ni con la entonación ni el ritmo habituales. El método de trabajo es muy parecido al de reconocimiento; los alumnos oyen la canción e intentan comprenderla. A continuación, reciben una hoja con la letra de la canción, en la que habremos borrado aquellas palabras que queremos que los alumnos traten de identificar; por ejemplo, todos los pretéritos indefinidos, o todos los imperativos... En la segunda audición, los alumnos rellenan los huecos con las formas correctas. Una vez fijado el texto, se puede aprovechar para hacer ejercicios de estilo indirecto, o de vocabulario, en función de las necesidades y del nivel de conocimientos de los alumnos. Suele ser un ejercicio muy útil, a partir de los niveles intermedios.

También son muy útiles en clase los **documentos reales** que podemos adquirir previamente grabados, grabarlos nosotros mismos o aprovecharlos de películas en vídeo. El empleo de material en vídeo nos permite compaginar el ritmo y la entonación de los diálogos o de la conversación con la expresividad de los gestos y de la mímica, muy importantes psicológicamente, ya que contribuyen a captar mejor los sonidos y el significado, al tiempo que presentan un ritmo, una pronunciación y una comunicación gestual que puede ser diferente a la de la lengua nativa del alumno.

En el caso, cada vez más frecuente, de que el laboratorio cuente con un magnetoscopio y un monitor, podemos utilizarlos para hacer más atractiva la presentación de estos documentos. Los métodos de trabajo son muy variados y las cintas ya preparadas para clase vienen acompañadas de un ma-

nual del profesor con sugerencias de aprovechamiento. Un método de trabajo para el que nos puede servir cualquier película que tengamos grabada en casa sería ver (sin sonido) la secuencia en cuestión dos veces. Los alumnos deben reconstruir el diálogo; si trabajamos con una película grabada en la lengua objeto de estudio, el movimiento de los labios puede ayudar mucho para la restitución del texto. Una vez reconstruido el texto, los alumnos proceden a poner los diálogos a la película y, una vez hecho esto, se compara con los diálogos originales. Se estudian las diferencias entre ambos textos y se admiten las variantes correctas, aunque no sean las que ha ofrecido la versión original.

En el caso de no disponer de magnetoscopio, los **documentos reales** sonoros también pueden ser empleados en el laboratorio, ya que nos permitirán reflexionar sobre los distintos niveles de lengua, la lengua coloquial, las diferencias entre la lengua hablada y la escrita...

Otro método, más sencillo, sería trabajar con el texto, recibido en desorden en una hoja, y el alumno, o entre dos alumnos, recomponerlo según van viendo (y oyendo) la secuencia. Al tratarse de un ejercicio de reconocimiento, puede hacerse en niveles inferiores si no presentan estructuras gramaticales desconocidas, ya que el vocabulario es, en este caso, de menor importancia y puede ser objeto de una explicación complementaria.

Suele dar buen resultado el empleo de **anuncios de televisión**, ya que tienen que comunicar un mensaje completo en un tiempo concreto. El aprovechamiento de estos mensajes puede ser variado, en función de los objetivos que nos hayamos propuesto, e incluso el mismo anuncio puede ser empleado en repetidas ocasiones con fines didácticos diferentes, pero en otra parte de este número de *Carabela* se trata exclusivamente del empleo del vídeo en la clase de idiomas, por lo que no nos extenderemos en la materia.

El empleo del laboratorio también es muy útil para ejercitarse en la **traducción simultánea,** pues al disponer en el mismo documento del original y de su traducción, puede hacerse, a posteriori, un estudio detallado de los posibles errores o faltas. En el caso de proceder así, un paso posterior sería una puesta en común de la traducción, con discusión de las ventajas e inconvenientes de las distintas posibilidades que se hayan ofrecido.

La dramatización de situaciones también puede hacerse sin problemas en un laboratorio de idiomas, con la ventaja de que, en la mayoría de ellos tenemos la posibilidad de que los alumnos puedan trabajar en parejas (bien de cabinas contiguas, bien distribuidas aleatoriamente, a elección del profesor), e incluso en los más modernos con la función ***teléfono,*** que permite a cualquier alumno comunicarse con cualquier otro, dentro de su grupo de estudio.

Otras posibilidades de empleo del laboratorio sería en combinación con otros medios audiovisuales tradicionales, como filminas, diapositivas o transparencias, o de reciente implantación como el CD-ROM de las que tam-

bién se trata en otros trabajos de esta revista y, por lo tanto, sería ocioso repetir aquí.

En cualquier caso, no todo consiste en seleccionar una buena secuencia de vídeo o en proponer una actividad determinada en el laboratorio; lo verdaderamente importante es saber aprovecharlos adecuadamente, como ocurre con el resto del material para el aprendizaje de lenguas. Además, el empleo no planificado del laboratorio, o para *llenar esa hora en la que no sé qué hacer*, no tienen ningún valor para el proceso enseñanza-aprendizaje.

6. Conclusión

No me gustaría terminar sin dedicar unas líneas al laboratorio del futuro, que ya es una realidad operativa, ya que fue presentado oficialmente en Turkku, Finlandia, el ocho de junio de 1997. Se trata del «Centro de aprendizaje multimedia, estéreo, digital, virtual, audio-activo-comparativo», según lo definen sus creadores y que es, en realidad, el equipamiento más novedoso en multimedia didáctica, y sucesor, por lo tanto, de los laboratorios de idiomas sobre los que se me habían pedido estas líneas, aunque su misión no se circunscriba exclusivamente a las lenguas (ya últimamente los laboratorios de idiomas podían ser aplicados a otras enseñanzas, por ejemplo, la música), sino que las últimas tendencias en didáctica se dirigen al uso de medios únicos válidos para la enseñanza de diferentes disciplinas.

Naturalmente, una instalación de este tipo combina la enseñanza audio-activa-comparativa de un laboratorio de idiomas tradicional del que habrían desaparecido los típicos magnetófonos de los estudiantes con la multifuncionalidad del aula de ordenadores (uno para cada alumno) y las cassettes que reemplazaron a las bobinas abiertas se ven sustituidas por discos duros, CD-ROMs y demás tecnología digital. Lo peor llegará el día en que también desaparezca la consola del profesor, y el profesor.